

Filandón en el Palacio de Arganza

Carmen Busmayor

En la sala principal del remozado Palacio, a espaldas de los bemoles refrescantes de un violín de cigarras que patentiza aún verano, un trío in sólito, casi milagroso como los panes y los peces de Galilea, comparte conversación, empanada y un robusto clarete, cuyo olor hace honor al anciano roble de la cuba. Afuera hay suspiros de ranas y también una inquietud en la perelada que cuadra bien con el murmurio del viñedo y el silbo gruñón de la reguera.

-Enrique, ¿qué tal el viaje desde las tinieblas esta tarde violeta? -interroga con voz de trueno el socarrón Pereira-. Te suponíamos con un esguince o algo parecido al aterrizar desde tanta altura.

-¡Ay, paisanos!, Beatriz me ha guiado, ¡Dios santo!, viéndome débil, casi hidrópico, en el silencio hundido y en la soledad temida. Ella, dama elegante, apuesta, dulce ser, lazo de mi alma perdida es.

-Para, para el carro. Aquí hay que ser francos. Nada de sonseces, que tú en materia amorosa no te andabas por las ramas, si no que le pregunten al docto cura Quintana qué hubo entre tú y aquella jovencita ponferradina, por más señas Juana Baylina. Aquí al pan pan y al vino vino. Y no te vayas por las ramas, insisto -ordena Pereira con asaz gracia y amorosa reconvencción-, que aunque no fue un tole tole todo se descubrió, además vete tú a saber que no harías con este físico tan propio para ganarse la voluntad de las damas.

-Hombre, Antonio- media risueño Carnicer-, no tan brusco. Eso fue un noviazgo llevado por lo bajini y lo demás... De manera que disculpa, Enrique, esta información involuntaria, por supuesto, en tu vida íntima. Y, por mi madre -prosigue- que si no te amparasen las canas, esos ojos grandes, esa cuidada barba y esos tintes de rubia melancolía, diría que eres un espectro salido de la fría huesa. Por fortuna, aunque no sé si estás cómodo o incómodo dentro de tu propia piel, respiras contra tu decrepita condición física y eso nos confirma que eres el que eras de ronca tos en el pecho al relente de la amanecida.

-Anda, Ramón, grandullón, que si no fuese porque en este instante adamantino llevo el ánimo desembarazado de angustia, sin duda fruto de la bendición del abad

mitrado de Carracedo, iría hasta Roma en bordón de peregrino.

-A buenas horas mangas verdes. Eso ya no mola -indica Pereira-. Ahora mola más ir a Ribadeo, a Brasil, a Miami Beach, o a Tombrio de Arriba mismo, incluso a Fabero, oyes, no olvides que yo ya estuve allí, al pie de la mina del Pozo Vertical en la adorable compañía de la extraordinaria e imperial voz de Mercedes Sosa. Sí, sí, y hasta salimos en la televisión regional y en los periódicos, ella de poncho, yo de americana tirando a cazadora larga...

-Bien, si prefieres podemos dar un paseo por la Cabrera -opina Ramón-. Eso-sí, a pie, a pie. Nada de coches que contaminan y adormecen los músculos. Más si esto no te place vayamos a Cacabelos.

-Hombre, si fuese la Pascua -interviene Antonio-.

-¿Pero aún se celebra esa fiesta?

-A buenas horas te desayunas -dice Antonio Pereira-. Figúrate si se celebra, que hasta con descenso de piraguas sobre Cúa. Ah, y todavía hay más: por ahí anda Prada, a tope y con éxito haciendo Bierzo con pimientos asados, castañas en almíbar que ni el marrón glacé, cerezas en aguardiente... Y eso que muchos hace tiempo que pronosticaban que entraba en barrena.

-La verdad, amigos, juro a Dios que asombrado estoy. Si esto viera mi Señor de Bembibre, caballero tan principal.

-Sí, -interviene Carnicer-, a tu Señor de Bembibre se le escaparon grandes eventos, como que han bautizado el Instituto de Bembibre con su nombre, y que los de Fabero han hecho exactamente lo mismo con Beatriz Osorio y no digamos los ponferradinos en cuyo parque medular, pleno pulmón de la ciudad, que ahora posee dicha categoría, te erigieron un monumento, además de nominar Gil Y Carrasco a uno de sus institutos. La verdad, chico, no sé cómo te las arreglas pero andas por multitud de calles y colegios, claro que Antonio y yo, humildes servidores de la sangre caliente y los años mozos, estamos que estoupamos de contentos. Pues en Villafranca y en Villadecanes nos ha tocado calle y plaza respectivamente. Todo fruto de la generosidad berciana que no descansa y ha denominado asimismo un colegio de la Térmica con el insigne nombre del académico de Lombillo, Valentín García Yebra y en breve dará calle en Molinaseca a Alfonso Rojo, el periodista de la guerra del Golfo, que desde luego, él no es golfo, por eso va a ser pregonero de la Encina 91.

¡Oh Beatriz, Beatriz!, ¿por qué me llevó tan pronto el Sumo Hacedor?

-Y dale con Beatriz. Juana Baylina, hombre, Juanita Baylina, la hermana de Guillermo, tu indefectible amigo -dice Pereira provocador mientras prosigue-. Pues no te ha librado de buena el Buen Hacedor, como que no te enteraste que nos querían llevar el Burbia. ¡qué espanto!, ¡qué barbarie!, ¡qué sacrilegio! Pues nada, cosa hecha. Y aquí me tienes a mí en manifestación, que dicho sea de paso soy muy reacio a estas concentraciones, junto con la mole de villafranquinos venidos de todas partes igual que convocados a concejo, delante de la Confederación Hidrográfica del Norte en Oviedo con una pegatina diciendo NO justo encima del corazón. Sí, a mí, Antonio, el miope y Carnicer desde Barcelona, "Bravo, Antonio, bravo". ¡Menudo sudor que te perdonó el supremo Hacedor!

-En efecto, y no pude asistir -lamenta Carnicer-, bien lo siento, ahora las cosas parecen tomar otro cariz más afortunado.

-¿Y qué es eso del Planeta? Habéisme de informar.

-Perdona, Gil -se disculpa Ramón-, olvidamos que en tu época no cristalizaban los premios literarios, ni los hermanos Litán, los del cine cacabelense, ni la insufrible abuela Társila, la de la casa de Arganza, magnífica creación de Pereira, ni tampoco mi doña Manuela, la maestra cuyo axioma era la letra con sangre entra, ambas unas locas, aunque eso sí, de extremado recato, como tu Beatriz Osorio.

-¿Y por qué no probamos un clarete de «origen»? -sugiere Pereira mientras sostiene en su mano derecha una jarrita de barro vacía-. Pues ahora, ultimísimamente tenemos denominación de origen, igual que los riojanos, por ejemplo.

-Abrumado me tenéis con tanta nueva. Desconocía semejantes sucedidos, igual que vuestra nombradía. Debo acudir más a esta cita que pone tinta plácida a mi inquieto corazón -manifiesta Enrique con el rostro muy alegre y decidido.

-Se hace tarde -recuerda Carnicer-, Úrsula y Doireann, nuestras esposas -aclara en consideración a Gil y Carrasco- estarán ansiosas por recobrarlos.

-Salgamos, pues, en dirección a Villafranca. En la iglesia de San Francisco tenéis vuestra casa -ofrece Gil-. En ella se han aliviado mis huesos y mi espíritu gracias a las virtudes taumatúrgicas de la Virgen.

-¡Qué coño!, gracias al alcalde de nuestro pueblo, Luis Núñez -replica Pereira-, que dio más vueltas que una peonza para dar con tus huesos en Alemania y él mismo acudió a recibirte a Barajas. Y bien cómodo que te pusimos en un cofre de madera claveteada, pura artesanía toledana. Hombre, algo enlatado, mejor, enmaderado, venías, pero de lujo, con lene acolchamiento de raso interior, que ya quisieran algunas

mozas para sus ropitas íntimas, tan justitas, tan apropiadas para ciertos beneficios, tan... tan...

-Por favor, Antonio -interrumpe Carnicer en tono pausado y cordial-, te estás pasando un pizco.

El ilustre e insólito trío como si temiese profanar el vetusto recinto con su marcha prosigue compartiendo nuevas y optimismo, retornos y carencias sin percatarse de que el día amaga en el pinar, que principia la hora del agua remansada y la silueta rampante del castaño.